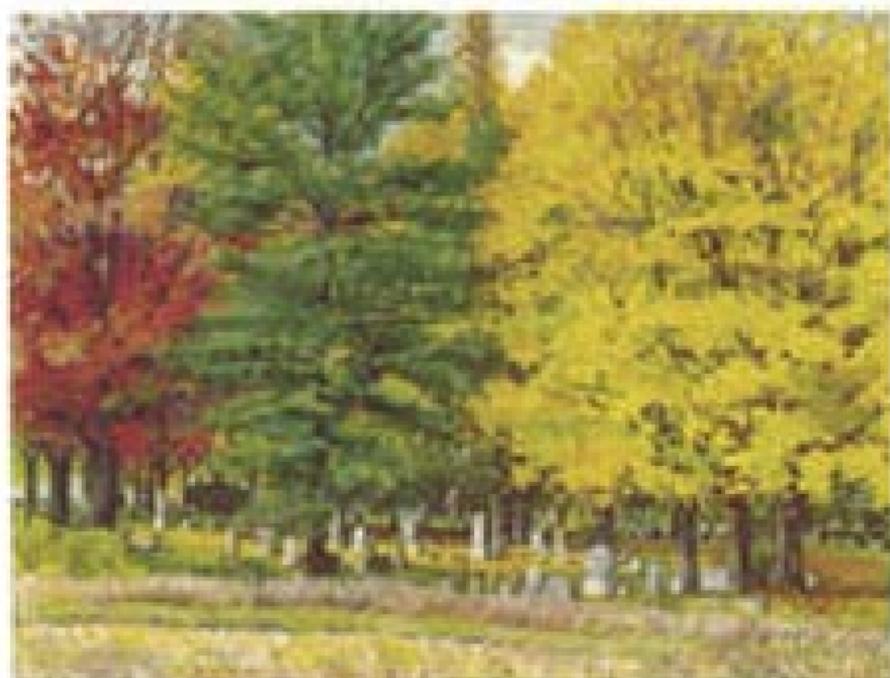




SERIE DISCOVERY

¿POR QUÉ TUVO QUE MORIR CRISTO?



La significación de su cruz

¿Por qué tuvo que morir Cristo?

¿No pudo haber logrado más si hubiese vivido una vida plena y feliz? Piense en la gente que pudo haber sanado, todo lo que hubiese podido enseñar, los problemas que pudo haber resuelto. ¿Por qué estaba obsesionado con morir? ¿Por qué no se defendió en el juicio para bien de su familia, sus discípulos y de todos los que lo admiraban? Este librito, compilado por nuestros escritores, examina las razones dadas en la Biblia en cuanto a por qué Cristo planificó y permitió su propia muerte.

Martin R. De Haan II

Contenido

El símbolo de la cruz.....	3
Las opiniones acerca de la cruz.....	4
Lo ofensivo de la cruz.....	6
El dilema de la cruz.....	8
La solución de la cruz.....	11
Los principios de la cruz.....	12
Los resultados de la cruz.....	17
La ironía de la cruz.....	19
El trasfondo de la cruz.....	24
Las palabras de la cruz.....	27
La acusación de la cruz.....	28
El llamado de la cruz.....	30
La satisfacción de la cruz.....	31

Título del original: *Why Did Christ Have to Die?*

Foto de la cubierta: TSW / Ed Simpson

Traducción: Mercedes De la Rosa

Las citas de las Escrituras son tomadas de la versión Reina-Valera, 1960.

Copyright ©1997 RBC Ministries, Grand Rapids, Michigan

Printed in USA

El símbolo de la cruz

¿Se imagina cuál sería la reacción pública si un grupo religioso fundamentalista adoptase una silla eléctrica como símbolo? Piense en lo que sería ver la imagen de una silla eléctrica en el techo de sus lugares de reunión o como joya que llevaran en el cuello los profesos de dicho grupo.

Sin embargo, la cruz es eso. La cruz era un medio de castigo capital. La crucifixión era la manera en que los romanos mataban a sus peores criminales. Era horrible, mucho peor que una cámara de gas, un pelotón de fusilamiento o incluso la soga de un verdugo.

Entonces, ¿por qué dan los cristianos tanta importancia a este instrumento de ridículo público y tortura? ¿Por qué están obsesionados los cristianos con este símbolo de muerte? ¿Se dan cuenta de lo que hacen?

En muchos casos, la respuesta parece ser no. Ni siquiera los cristianos se dan cuenta de las implicaciones de la cruz. Se ha popularizado tanto su uso como joya religiosa, como símbolo de amor y esperanza, e incluso como señal de buena suerte, que ha perdido gran parte de su significado y horror original. De hecho, se ha convertido en algo tan generalmente aceptado que todo el mundo, desde los seguidores fieles de Cristo hasta los músicos de rock ácido, llevan su imagen en el cuello.

Las opiniones acerca de la cruz

Entonces, ¿qué piensa la gente de la cruz? Más específicamente, ¿cómo cree que se relaciona con Cristo? De ahí es de donde viene el símbolo y donde comienza el verdadero debate. ¿Por qué tenía que terminar tan terriblemente una vida tan hermosa? ¿En qué estaba él pensando? ¿Qué deberíamos estar pensando nosotros? He aquí algunas de las explicaciones que la gente da a la muerte de Cristo.

Es un ejemplo de no resistencia. Algunas personas creen que cuando Jesús murió en la cruz nos estaba dando el ejemplo supremo de cómo vivir en un mundo violento y hostil. Dicen que su muerte nos muestra cómo vivir con éxito siendo lo suficientemente fuertes como para permitir que los demás se salgan con la suya.

“ Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. ” -Jesús, desde la cruz

Significa lo que quieras que signifique. Los que sostienen esta posición, generalmente creen que Cristo no logró realmente nada cuando murió en la cruz. Puesto que ha llegado a formar una parte tan importante de nuestro conocimiento, se puede usar para simbolizar muchas cosas diferentes.

No tiene un verdadero significado. Algunas personas dicen que la significación de Cristo estaba en su vida, no en su muerte. Creen que vino a vivir una vida sin faltas en la tierra para que nosotros supiésemos cómo es Dios. Pero eso fue lo único para lo cual Dios lo envió. Su muerte, dicen, no se relacionaba con su misión en la tierra.

Representa fracaso. Los que sostienen este punto de vista dicen que Jesús tenía un plan noble y universal para la tierra, pero que murió antes de poder llevarlo a cabo. Su misión fue malograda cuando los soldados romanos lo clavaron en la cruz como a un criminal común. Cuando Cristo murió, dicen estas personas, expresó con ello que había fracasado.

Lo ofensivo de la cruz

Algunas personas ven tantas cosas buenas en la cruz que no la ven como un terrible instrumento de muerte. Sin embargo, para otros la cruz es tan ofensiva que no ven el valor que tiene.

El apóstol Pablo dijo que sería así. Escribiendo a los cristianos de Corinto dijo:

Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura (1 Co. 1:23).

La afirmación de los apóstoles de que Jesús era el tan esperado Mesías era casi imposible de aceptar para un judío. Creer que el Mesías murió en una cruz era inimaginable, sobre todo porque el Antiguo Testamento decía que todo aquel que muriera en un madero era maldito por Dios (Dt. 21:23). La cruz los ofendía profundamente.

“ Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden.... ” -1 Corintios 1:18

La cruz también ofendía a los gentiles. En su opinión era locura. Creían que su manera de pensar lógica y su buen vivir satisfacerían a los dioses. No veían razón alguna para creer en la muerte insensata de un oscuro galileo.

¿Y qué dice la gente hoy? ¿Todavía ofende la cruz? ¿Todavía tropieza la gente con su mensaje?

- Si su punto de vista filosófico no incluye la realidad del pecado y la necesidad de un Salvador, la respuesta es sí.
- Si esperan ganar la aprobación de Dios por su buena manera

de vivir y sus altas normas morales, sí.

- Si esperan el favor de Dios en base de su herencia nacional o nombre de familia, sí.
- Si piensan que Dios es demasiado amoroso como para castigar a la gente por sus malas acciones, sí.

El mensaje de la cruz, una «silla eléctrica del primer siglo», los ofende. De lo que tenemos que darnos cuenta es de que la cruz no es sólo algo con lo que es difícil vivir. En realidad hace posible la vida. De hecho, la cruz resolvió el mayor dilema de todos los tiempos.

El dilema de la cruz

La cruz resuelve dos grandes dilemas: uno desde la perspectiva de Dios y otro desde la perspectiva del hombre. Todos los padres comprenden el dilema de no querer corregir a un hijo desobediente con una disciplina dolorosa, mientras se dan cuenta al mismo tiempo de que no pueden pasar por alto su mala conducta.

¿Qué hace usted, entonces? Ama al niño. Pero es un niño que también le ha desobedecido, y ahora mismo le está mintiendo en un esfuerzo por tapar lo que hizo. Claro, usted lo ama, pero también sabe que no puede sencillamente desatender el problema. Tiene que ser castigado, y usted tiene que hacerlo.

La situación causada por nuestro pecado era infinitamente más compleja que esa. Sin embargo, existen algunos paralelos. Puesto que Dios es un Dios santo, no puede ignorar el pecado. No obstante, porque es un Dios de amor, no está dispuesto a que recibamos lo que merecemos.

Otra ilustración podría ayudarnos a ver el dilema desde la perspectiva del hombre. Imagínese un grupo de personas atrapadas en el techo de un edificio alto envuelto en llamas. La única manera de salvarse es saltar al techo de un edificio que le queda al lado: ¡a diez metros de distancia! Desesperada, la gente comienza a intentar el salto imposible. Algunos saltan más que otros, pero todos se caen y mueren.

Eso mismo sucede con la irremediable condición del hombre delante de Dios. Nuestro pecado causó una separación entre nosotros y un Dios santo la cual no se puede suprimir con nada de lo que hagamos. Somos completamente incapaces de salvarnos a nosotros mismos. Pero el amor de Dios proveyó una salida: la cruz de Cristo.

Podríamos representar el dilema así:

Santo	DIOS	Amante
Pecador	HOMBRE	Incapaz

La necesidad del madero del Calvario se puede rastrear a un árbol mucho más antiguo. Todos nuestros problemas comenzaron cuando nuestros primeros padres comieron voluntaria y desobedientemente del árbol del conocimiento del bien y del mal. Dios había dicho que Adán y su esposa iban a morir si comían del fruto de ese árbol. Y así fue. Desde ese momento, ningún hombre fue el hombre que debía ser. Desde aquel momento, los hijos de Adán nacieron físicamente vivos, pero espiritualmente muertos. No sólo se perdió el paraíso, sino también la inocencia con la que fue creado el hombre.

Todo niño nacido desde el Edén hasta hoy ha demostrado que esa inocencia se perdió. Aunque una vez fue creado para andar con Dios, el hombre ha heredado una naturaleza que le hace olvidar a Dios, aborrecer a su prójimo, y vivir una vida de autodestrucción. Por esta causa, David, el rey de Israel, dijo: «He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre» (Sal. 51:5).

Y el apóstol Pablo escribió: «... el pecado entró en el mundo por un hombre...» (Ro. 5:12) y «Porque la paga del pecado es muerte...» (6:23). En otra carta escribió: «... en Adán todos

mueren...» (1 Co. 15:22).

Esta es nuestra condición. Cuando Adán siguió el camino de la serpiente, no sólo se hizo daño a sí mismo. Cuando comió de aquel árbol desafiando a su Hacedor, la muerte espiritual y física cayó sobre todos los hombres. Y así ha llegado ahora a nosotros. La prueba es que todos nosotros pecamos contra Dios en la primera oportunidad que se nos presentó.

Además, no podemos hacer nada para remediarlo. No hay mejoramiento propio ni buenas obras que puedan recobrar lo que Adán perdió. El profeta Isaías vio esto claramente, pues dijo que nuestros mejores esfuerzos no son mejores que trapos sucios (Is. 64:6). Mucho más tarde, el apóstol Pablo expresó el mismo conocimiento (Ef. 2:8,9). Sus palabras nos recuerdan que no hay hombre que pueda elevarse a la altura de Dios por esfuerzo propio.

Estas son malas noticias. Sin embargo, la Biblia, el libro más confiable del mundo, dice que es verdad. Nacemos en este mundo espiritualmente muertos. Nacemos separados de Dios. Nacemos en un mundo de muerte física y espiritual, y a menos que suceda algo, viviremos la vida en rebeldía contra Dios. A menos que suceda algo, estamos destinados al juicio de Dios: la segunda muerte, el lago de fuego creado para el diablo y todos sus demonios.

Y como si eso fuera poco, la Biblia nos dice que no hay nada en el mundo que podamos hacer por nuestra cuenta para merecer un rescate. Sin duda, necesitamos ayuda. Necesitamos rescate. Necesitamos ser librados de nuestra culpa y esclavitud... antes de que sea eternamente demasiado tarde.

La solución de la cruz

Cuando Adán y Eva pecaron, Dios pudo haberlos matado instantáneamente. Y hubiese sido justo al hacerlo, porque su naturaleza santa exige que la desobediencia sea castigada con la muerte.

No obstante, puesto que Dios es amor, no mató a nuestros primeros padres. En vez de ello los buscó, les proveyó piel de animales, y les dio una maravillosa promesa (Gn. 3:15). En ese momento, Dios anunció las buenas nuevas. Sí, las buenas nuevas son que Dios mismo resolvió el dilema: ¡su amor contrapesa su santidad! El amor encontró un camino. El amor encontró un madero, la cruz (Ro. 5:6). Dios en su sabiduría proveyó la manera de deshacer el terrible daño que el primer árbol hizo al hombre.

El árbol en el huerto del Edén ha dado paso a la cruz. Y en aquel madero de humillación, la bondad triunfó sobre el mal. La misericordia triunfó sobre la justicia. El rescate se completó. La misión se cumplió. El dilema se resolvió.

Santo	DIOS	Amante
	CRISTO	
Pecador	HOMBRE	Incapaz

Los principios de la cruz

¿Cómo lo hizo Dios? ¿Qué vio Él en ese horrible madero de ejecución? ¿Qué sucedió cuando su Hijo unigénito y amado sangró, luchó y clamó: «Consumado es», y luego entregó el espíritu?

Examinemos dos principios de resolución que terminaron con el dilema causado por nuestro pecado e incapacidad y la santidad y el amor de Dios: 1) el principio de un sacrificio adecuado, y 2) el principio de la sustitución necesaria.

PRINCIPIO NO. 1:

La cruz proveyó un sacrificio adecuado.

Santo	DIOS	Amante
Sacrificio	CRISTO	Sacrificio
Pecador	HOMBRE	Incapaz

No puede haber perdón sin una muerte sacrificial (He. 9:22). Mediante su muerte en la cruz, Jesucristo presentó a Dios un sacrificio suficiente para pagar por los pecados de toda la humanidad. Las muertes de animales del Antiguo Testamento estaban muy por debajo, porque en realidad no quitaban el pecado.

Los sacrificios del Antiguo Testamento tenían que ofrecerse cada día. Al altar se llevaba animal tras animal y allí se sacrificaba. Cada nuevo día traía consigo una nueva ronda de inmolaciones sacrificial. El escritor de Hebreos, comentando sobre este hecho, dijo: «Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados» (He. 10:4).

Además, esos sacrificios eran solamente por pecados cometidos involuntariamente, en ignorancia, o por debilidad humana (Lv. 4:2-7). En los días del Antiguo Testamento, no se podía ofrecer

sacrificio por un pecado premeditado y deliberado. Es por eso que David, cuando se arrepintió de su doble pecado de adulterio con Betsabé y del asesinato de Urías, ni siquiera presentó un sacrificio. Más bien fue delante de Dios con un «corazón contrito y humillado» para hallar perdón (Sal. 51:16,17).

Por su muerte en la cruz, el Señor Jesús proveyó un sacrificio para siempre por todos nuestros pecados (He. 10:12). El suyo fue el sacrificio completo y perfecto. Satisfizo toda exigencia de un Dios santo, y da salvación a todos los que confían en Cristo.

“ ... pero ahora, ... se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado. ” -Hebreos 9:26

Su sacrificio fue adecuado por varias razones:

- Se hizo miembro de la familia humana. Pudo representarnos verdaderamente (algo que ningún ángel podía hacer) porque adoptó naturaleza humana.
- Vivió sin pecado. Confrontado por la tentación física, mental y espiritual, Jesús no pecó (He. 4:15). Por tanto, cuando murió lo hizo como un perfecto ser humano. Puesto que no pecó, pudo morir por nuestros pecados.
- Siguió siendo Dios. Aunque Cristo se hizo totalmente humano, también retuvo toda su deidad. No era mitad Dios y mitad hombre; era completamente Dios y completamente hombre. Su deidad fue lo que dio a su sacrificio un valor infinito, haciéndolo adecuado para pagar por los pecados de toda la humanidad.

PRINCIPIO NO. 2:

La cruz proveyó un sustituto necesario.

Santo	DIOS	Amante
Sacrificio	CRISTO	Sacrificio
Pecador	HOMBRE	Incapaz

Jesús estaba pensando en la sustitución cuando dijo a sus seguidores que daría su vida «en rescate por muchos» (Mr. 10:45).

Ya fuese que lo reconociesen o no cuando lo dijo, sus discípulos iban a enterarse pronto de que Cristo estaba planeando dar su vida a cambio de su liberación legal del

pecado y la culpa. En la cruz, Cristo murió en lugar de ellos... y nuestro. En el Calvario, sufrió la muerte que todos nosotros debimos haber sufrido, soportando el castigo que merecíamos. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito...» (Jn. 3:16). Debido a nuestra impotencia, Dios en amor envió a su Hijo para que nos sustituyese. Él cambió su vida por la nuestra y murió para que nosotros pudiésemos vivir (Is. 53:5,6; Ro. 5:8; 1 Co. 15:3; 2 Co. 5:21; 1 P. 2:24; 3:18).

Cuando Jesús dijo que había venido a dar su vida en rescate por muchos, los que lo escucharon probablemente se dieron cuenta de que Él estaba pensando en el sistema judío de sacrificios. Desde temprana edad habían visto cómo llevaban al altar ovejas, toros o palomas para matarlos. Sabían que la muerte del animal se asociaba con sus pecados. Cuando observaban al sacerdote colocar la mano en la frente del animal, entendían que eso era símbolo de la transferencia de la culpa del pecador al animal. Luego, al ver que mataban a la bestia y que rociaban la sangre en el altar, entendían que esa sangre de alguna manera simbolizaba la remoción de la culpa.

El mismo principio del sustituto se cumplió más tarde en Aquel

de quien Juan el Bautista dijo: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn. 1:29).

Este principio queda ilustrado por una anécdota de la historia norteamericana. En una tribu indígena, alguien estaba robando pollos. El jefe declaró que, si atrapaban a esa persona, el ofensor recibiría diez latigazos. Al ver que los robos continuaban, los aumentó a veinte latigazos. Los pollos seguían desapareciendo sistemáticamente. Airado, el jefe aumentó la sentencia a 100 latigazos, una sentencia de muerte segura.

“ ... Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos. ”

-Hebreos 9:28

Finalmente atraparon al ladrón. Pero el jefe se encontraba en un terrible dilema. ¡El ladrón era su propia madre!

Cuando llegó el día de ejecutar la pena, toda la tribu se congregó. ¿Sería el amor del jefe mayor que su justicia? La multitud se quedó boquiabierta de asombro cuando vio que el jefe ordenó que atasen a su madre al palo para azotarla. Luego se quitó la camisa, revelando su poderosa estatura, y tomó el látigo en la mano. Pero en lugar de levantarlo para dar el primer golpe, se lo pasó a un joven guerrero indio que estaba junto a él.

Lentamente, el jefe caminó hacia donde estaba su madre y la envolvió con sus fuertes brazos. Luego ordenó al guerrero que le diese a él los 100 latigazos.

Eso fue lo que Jesús hizo por nosotros. Por amor se convirtió en nuestro sustituto y murió en nuestro lugar. Venció nuestra incapacidad de salvarnos al pagar el precio de nuestros pecados. En nuestra ilustración, la vida de una madre se extendió por medio del amor sustitutorio de su hijo; para nosotros, la vida eterna fue

comprada mediante la muerte sustitutoria de Cristo.

Por ende, la muerte de Cristo tuvo un valor tremendo, porque eliminó la separación que había entre Dios y el hombre. Mire de nuevo lo que sucedió.

La condición del hombre: Condenado por el pecado de Adán y el suyo propio, e incapaz de hacer nada para salvarse a sí mismo, el hombre estaba bajo la pena de muerte.

La posición de Dios: Dios estaba obligado por su propia santidad a castigar el mal. Hacer menos que eso habría sido violar su propio carácter. Pero puesto que también es amor, deseaba salvar al hombre de su sentencia de muerte.

La resolución: Cristo, el Hijo de Dios, se hizo humano, vivió

Santo	DIOS	Amante
Sacrificio Sustituto	CRISTO	Sacrificio Sustituto
Pecador	HOMBRE	Incapaz

una vida sin pecado, y luego murió en nuestro lugar. Su muerte sacrificial y sustituidora hicieron posible nuestra salvación.

Mire el diagrama completo. Le muestra cómo la muerte de Cristo resolvió el dilema.

Los resultados de la cruz

La muerte de Cristo hace 2.000 años no fue tan sólo un acto heroico que cautivó la imaginación de un grupo de idealistas religiosos. Tampoco fue un acto de debilidad.

Fue una misión de rescate llena de amor, valor y desafío a la muerte. El resultado es que la persona que confía en Jesucristo cambia en su relación con Dios y en su relación con su propio pecado. Y su futuro cambia, tanto en esta vida como en la venidera.

“Si pudiésemos ganarnos nuestra salvación, Cristo no hubiese muerto para proveérnosla.”

Ese cambio se define en cuatro conceptos básicos que muestran los resultados de lo que Cristo hizo por nosotros. He aquí lo que nos pertenece una vez que hemos aceptado la muerte sacrificial y sustituidora de Cristo.

1. RECONCILIACIÓN: estamos en paz con Dios. Cuando Jesucristo murió en la cruz hizo posible que nos reconciliásemos con Dios y que restaurásemos la comunión con Él por la fe en Cristo. La enemistad se cambió en amistad, la alienación en filiación, la hostilidad en fe, y el odio en amor debido al sacrificio de Cristo en la cruz (Ro. 5:1,10; 2 Co. 5:18-20; Ef. 2:16; Col. 1:20-22).

2. JUSTIFICACIÓN: somos declarados justos delante de Dios. Cuando Jesucristo murió, absorbió nuestro castigo. Por tanto, cuando creemos en Él, nuestros pecados no están más en nuestra contra (Ro. 3:24; 4:5; 5:1,9; 8:30,31; Tit. 3:4-7).

3. REDENCIÓN: Somos rescatados de nuestro pecado y condenación. La muerte de Cristo también significa que hemos

sido comprados de la esclavitud al pecado y a Satanás. El precio del rescate por nuestros pecados ha sido pagado completamente (Mt. 20:28; Ro. 3:24; 1 Co. 1:30; Gá. 3:13; 4:4,5; Ef. 1:7; Col. 1:14; Tit. 2:14; He. 9:12; 1 P. 1:18,19).

4. PROPICIACIÓN: somos libres de la ira de Dios. Esto es posible debido a una ofrenda aceptable hecha a nuestra cuenta. La ofrenda se hizo para aplacar a Dios, para desviar su ira de usted (1 Jn. 2:2; Ro. 3:25; He. 2:17; 1 Jn. 4:10).

La ironía de la cruz

La ironía de todo esto es que algo tan feo como la cruz -algo lo suficientemente repugnante como para hacer que la gente rechace al mejor hombre que ha vivido jamás- es en realidad nuestra única esperanza de rescate de nuestra impotencia espiritual. Eso es lo que dice la Biblia. Y eso es lo que Cristo confirmó cuando resucitó triunfalmente de entre los muertos. La cruz no fue un error. No se trata de alguien que vivió una vida buena en malos tiempos. La ironía de la cruz es que 1) es el mayor ejemplo del amor de Dios, y que 2) al morir, Cristo también nos mostró cómo vivir. La primera ironía es esta:

La muerte de Cristo demostró el amor de Dios.

La gran verdad del versículo más conocido y amado de la Biblia es que la cruz fue evidencia del amor de Dios.

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna (Jn. 3:16).

Un pasaje paralelo dice así: «En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros...» (1 Jn. 3:16).

Algunas personas buscan el amor de Dios en la naturaleza. Pero no hay garantía de que lo encontrarán allí, porque el mensaje del mundo creado es conflictivo. A veces parece decirnos que Dios es maravillosamente amoroso. El cálido rayo de sol, la suave lluvia, las flores que florecen en los campos y el vigilante cuidado de una vaca por su becerro, todos parecen decir: «Dios es amor.»

Sin embargo, otras veces el mensaje de la naturaleza es exactamente el contrario. El sol y la sequía vuelven al suelo duro e improductivo. Un tornado mortal puede rugir de un cielo oscurecido sin advertencia. Un gato o un chacal merodeando por la noche pueden matar un nido de conejos jóvenes. O un volcán en erupción puede borrar villas enteras, matar cientos de

personas, y dejar desamparados a otros miles. No, el amor de Dios no siempre se puede ver en la naturaleza.

Tampoco es el amor de Dios claramente evidente en la historia. Una familia de emigrantes de Vietnam o de Corea puede decir que su mudanza a los Estados Unidos es una prueba de que Dios los ama. Pero si hablas con una joven madre de tres niños cuyo esposo acaba de morir a manos de un secuestrador de aviones, podría ridiculizar amargamente la idea de que un Dios de amor controla todos los acontecimientos. Muchos de los judíos que vivieron los horrores de Auschwitz o Dachau también rechazarían la idea de que el amor de Dios está demostrado en la historia.

“ En la cruz vemos el amor de Dios en su mejor manifestación, y nuestro pecado en su peor manifestación. ”

Cuando los cristianos hablan de que el amor de Dios se ha manifestado, deben, por tanto, señalar otra cosa como evidencia. Según la Biblia, esa evidencia es la cruz. Puesto que Jesucristo es el Hijo de Dios, su muerte fue una profunda declaración del amor de Dios.

Dios ha mostrado su amor para con nosotros, pero a un gran costo. En la persona de Jesucristo, Dios se hizo miembro de la familia humana. Vivió toda su vida sin pecado. Luego, aunque era inocente, sufrió una muerte terrible para hacer posible nuestra salvación. Brillando a través de la oscuridad que rodeó al Calvario aquel día fatal estaba el maravilloso resplandor del amor de Dios. Piensa un momento en lo que Cristo sufrió y recuerda lo que significó para nosotros.

Observa con asombro cómo agoniza delante de Dios el Padre

en Getsemaní hasta que su sudor se hace como grandes gotas de sangre que caen al suelo.

Mira con horror cómo lo arrestan como a un criminal, lo azotan con un látigo romano y lo torturan, se burlan de él y lo ridiculizan con una corona de espinas.

Llora por Él cuando se cae bajo el pesado madero que le obligan a cargar hasta el lugar de su ejecución.

Encógete de repugnancia porque los endurecidos soldados romanos le clavan las manos, traspasan sus pies, y con brusquedad colocan el madero en su lugar.

Escúchalo cuando cuelga allí en la cruz orando por sus enemigos, hablando con amor a su madre, y prometiendo salvación al criminal que se arrepiente.

Guarda silencio ante el cielo que se pone negro al mediodía y a medida que observas tres horas de pavorosa oscuridad al mediodía.

Escucha su clamor de abandono: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»

Recuerda que en la cruz, Jesús soportó la agonía del infierno por ti y por mí. Dios era su Padre. Había existido con Él desde toda la eternidad en una relación más estrecha que cualquiera que podamos conocer. No obstante, el Padre «al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Co. 5:21).

La segunda ironía es:

La muerte de Cristo nos mostró cómo vivir.

No sólo nos dio la cruz la mayor evidencia del amor de Dios, sino que también nos proveyó de un principio espiritual de vida. El amor que llevó a Jesucristo a esta obra de autosacrificio sin paralelo fue un ejemplo para nosotros.

Hemos de amar como Él amó; vivir como Él vivió. El Señor Jesús estaba pensando en la cruz la noche antes de su crucifixión cuando dijo a sus discípulos: «Un mandamiento nuevo os doy:

Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros» (Jn. 13:34). El amor del Calvario ha de ser la norma de nuestro amor.

“... Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas.” -1 Pedro 2:21

Jesucristo también pensaba en su muerte en la cruz cuando dijo esto:

De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame... (Jn. 12:24-26).

Esta es la ley de la cosecha: es preciso que una semilla muera antes de poder producir una planta. Jesucristo fue la «semilla» que tuvo que morir. No obstante, su muerte produjo vida espiritual a todos los que confían en Él. Somos el fruto de su sufrimiento y de su muerte.

Pero la ley de la muerte que da vida no terminó con la cruz de Cristo. Jesús declaró que también se aplica a sus seguidores. Debemos tomar el camino de la cruz, el camino de morir a nuestros propios deseos egoístas si hemos de dar la clase de fruto para el cual Dios nos creó (Ef. 2:8-10).

El apóstol Pablo vio este principio en la muerte de Cristo. Una y otra vez habló de ser crucificado con Cristo, de morir al yo, y de andar en la ruta del Calvario. Con profunda convicción escribió: «Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo» (Gá. 6:14).

Puesto que la cruz de Cristo fue la inspiración y la confianza de Pablo, éste pudo dar por perdido el sistema del mundo por ser algo inútil y muerto. No vio nada de atractivo en él.

Cuando vivimos por la ley de la cosecha damos fruto en nuestro servicio para Cristo. Siguiendo su ejemplo, debemos primero morir al yo. Al hacerlo, podremos decir junto con Pablo: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gá. 2:20).

He aquí de nuevo la ironía de la cruz. No sólo nos da la vida de Dios, sino que lleva nuestra vida a Dios.

El trasfondo de la cruz

Somos afortunados por poder mirar retrospectivamente a la cruz y verla en perspectiva. Los primeros discípulos de Cristo no fueron tan privilegiados. Para ellos, la crucifixión fue como una tragedia terrible y desconsoladora. Su amado Líder estaba muerto. Sus esperanzas de un reino mesiánico se habían evaporado. Sus enemigos se alegraban. Se quedaron pasmados por el inesperado giro que tomaron los acontecimientos. Únicamente después, cuando Cristo los sorprendió con su presencia resucitada, comenzaron los discípulos a entender que el Antiguo Testamento señalaba a una cruz así como también a un reino. Sólo entonces comenzaron ellos a ver que Cristo tenía que desempeñar el papel de un Siervo sufrido antes de poder regresar como el Rey prometido.

“Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.” -Hebreos 10:14

El Jesús resucitado explicó a sus asombrados seguidores cómo la cruz era parte del plan de Dios. Primero, les mostró sus heridas. Luego dijo: «Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos» (Lc. 24:44). Les abrió los ojos para que vieran las imágenes y profecías acerca de su muerte (v.45). Hojeemos el Antiguo Testamento para ver ejemplos de cada una de ellas.

Profecías del Antiguo Testamento de la muerte de Cristo

Génesis 3:15: la simiente de la mujer sería «herida».

Salmo 16:10: Cristo no permanecería en la tumba.

Salmo 22:1: el grito de abandono.

Salmo 22:6-8: el Mesías burlado.

Salmo 22:15: la sed de Cristo.

Salmo 22:16: manos y pies traspasados.

Salmo 22:17: las miradas de sus enemigos.

Salmo 22:18: suertes echadas sobre sus vestidos.

Salmo 69:21: a Cristo le ofrecen vinagre.

Isaías 49:7: el Siervo de Dios menospreciado.

Isaías 50:6: el Mesías sufre abuso físico.

Isaías 52:14: su rostro es afeado.

Isaías 53:5: traspasado por nuestros pecados.

Isaías 53:7: silencio ante sus acusadores.

Isaías 53:9: su tumba se encuentra entre los ricos.

Isaías 53:12: lo identifican con criminales.

Daniel 9:21: el Ungido de Dios es «cortado».

Zacarías 12:10: el Mesías es «traspasado» por Israel.

Zacarías 13:7: el Pastor es herido.

Imágenes de la muerte de Cristo en el Antiguo Testamento

Las imágenes de la cruz aparecen en tres figuras del Antiguo Testamento.

LOS SACRIFICIOS: la muerte sustituidora de Cristo se representa más a menudo en el Antiguo Testamento por medio del sistema de sacrificios. Muchos eruditos bíblicos consideran la provisión de pieles de animales para Adán y Eva como la iniciativa de Dios para proveer para el pecado del hombre mediante el sacrificio (Gn. 3:21). El sacrificio de la Pascua es una imagen primordial de liberación mediante la sangre derramada de un cordero (Éx. 12; Lv. 23; 1 Co. 5:7; 1 P. 1:19). Juan el Bautista vinculó el sacrificio de animales con Jesucristo cuando exclamó: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn. 1:29). En Hebreos 9:11-10:18 se da una amplia explicación.

LA SERPIENTE DE BRONCE: Israel fue afligido con mordidas de serpientes debido a su desobediencia. Por instrucción de Dios,

se hizo una serpiente de bronce y se colocó sobre una asta en medio del campamento. Todo el que la miró fue sanado de la mordida de serpiente (Nm. 21:4-9).

Cristo sería «levantado» y todos los que lo miraran en fe experimentarían sanidad espiritual (Jn. 3:14).

JONÁS: Jesús también enseñó que la experiencia de Jonás en el vientre del gran pez durante tres días y tres noches era una figura de su propia muerte, sepultura y resurrección (Mt. 12:39-41).

Por tanto, mediante profecías y figuras, el Antiguo Testamento previó la muerte de Cristo. Su crucifixión no fue un desvío imprevisto en el plan de Dios. Más bien, fue la razón misma por la que vino.

Las palabras de la cruz

Incluso al morir, Cristo nos estaba enseñando cómo vivir. Las siete frases que pronunció desde la cruz y que se hallan registradas nos enseñan siete lecciones profundas sobre la vida.

1. «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc. 23:34). El perdón es mejor que la venganza.
2. «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc. 23:43). La fe es recompensada con promesa.
3. «Mujer, he ahí tu hijo.» «He ahí tu madre» (Juan 19:26,27). Nuestras propias necesidades no deberían ser más importantes que las necesidades de los demás.
4. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mr. 15:34). Todo lo que ponga en peligro nuestra relación con Dios debería producir angustia.
5. «Tengo sed» (Jn. 19:28). Estas palabras, pronunciadas para cumplir la profecía, nos recuerdan la autoridad de las Escrituras.
6. «Consumado es» (Jn. 19:30). No permita que su atención se desvíe de la meta.
7. «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc. 23:46). En su sufrimiento, encomiéndose a Dios.

La acusación de la cruz

En la Biblia hay palabras asombrosas que testificarán para siempre de la maldad del hombre. Para describir la ejecución de Jesucristo, los escritores de los Evangelios usaron la afirmación: «Lo crucificaron.» Nunca antes había soportado Alguien tan inocente una manifestación similar de la burla y el desprecio humanos. Todo el proceso fue una aterradora revelación del pecado humano.

En primer lugar, estaba el odio celoso de los líderes religiosos de Israel. Los fariseos, saduceos y escribas unieron fuerzas para desacreditar a Jesús (Mt. 22:15-46). Tenían resentimiento por su popularidad (Mt. 21:45,46; Jn. 12:19). Decían que sus milagros eran obras de Satanás (Mt. 12:22-30). Se consternaban porque aceptaba a la gente ordinaria (Lc. 15:1,2). Aborrecían cómo desenmascaraba la hipocresía de ellos (Mt. 15:1-14). Aunque se los consideraba los líderes espirituales de Israel, acusaron falsamente, enjuiciaron ilegalmente, condenaron y crucificaron al Enviado de Dios (Mt. 26-27).

En segundo lugar, estaba la traición codiciosa de Judas. Como uno de los discípulos, compartió la vida y ministerio de Jesús. Pudo experimentar las enseñanzas, los milagros, el corazón y el alma mismos del Salvador. Pero al final, Judas optó por traicionarlo. Como tesorero de los Doce, muchas veces robaba de la bolsa común (Jn. 12:6). Por ende, no es de sorprenderse que vendiese su propia alma, y al Salvador, por treinta piezas de plata.

En tercer lugar, estaba la astuta cobardía de Poncio Pilato, el gobernador de Palestina nombrado por César. Era odiado por los líderes judíos. Él sabía que lo estaban manipulando para que matase a Jesús y se resistió. Todas sus jugadas defensivas fallaron. Aunque proclamó públicamente la inocencia de Cristo, no lo liberó. Cediendo a la presión, ordenó su crucifixión.

En cuarto lugar, está el deseo inconstante en la multitud. Unos días antes, las masas habían gritado: «Hosanna al hijo de David», cuando Cristo entró en Jerusalén. Pero ahora clamaban por su muerte gritando: «¡Crucifícale, crucifícale!»

“Les habló otra vez Pilato, queriendo soltar a Jesús; pero ellos volvieron a dar voces, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale!”

-Lucas 23:20,21

En quinto lugar, estaba la crueldad despiadada de los soldados romanos. Lo desnudaron y lo azotaron. Se burlaron de Él. Lo escupieron. Le colocaron una corona de espinas en la cabeza. Se lo llevaron lejos, golpeado y sangrando, y lo crucificaron. ¡Qué conducta tan monstruosa!

Ahora bien, sería fácil para nosotros condenar a estas personas. Pero seamos honestos. Esas obras malvadas contra el Hijo inocente de Dios representan la verdad acerca de todos nosotros. Son una acusación de nuestro propio pecado.

El llamado de la cruz

Mire de nuevo la cruz. Mire a Aquel que está muriendo allí. Él nunca pecó, pero no obstante, está en la cruz para llevar la pena por los pecados de todo el mundo. Está muriendo allí por usted. Ese debería ser usted en la cruz.

Es una escena bien fea, ¿verdad? Nos muestra lo terrible que es el pecado y el precio tan horrible que hubo que pagar para liberarnos de él. Si es cristiano, acérquese a la cruz una vez más debería llenar su corazón de gratitud por lo que Cristo hizo por usted allí. Como su sacrificio y sustituto, hizo posible que fuese perdonado y salvo de su pecado. ¿Por qué no le da las gracias ahora mismo? Luego decida andar en obediencia a Dios.

Si no es cristiano, ¿por qué no confía en Él como Salvador? Su pecado es real. No puede hacer nada en absoluto al respecto, excepto confiar en Jesucristo. No espere. Dígale que cree en Él como su Salvador personal. Pídale que lo salve. Lo hará, porque fue por usted que murió en aquella terrible cruz. Él fue su sacrificio. Pagó la pena por su pecado. ¡Confíe en Él ahora!

La satisfacción de la cruz

*por Darlene Lehman,
como se lo contó a Judith Fabisch*

Si alguna vez hubo un momento en que no quisiera ser aceptada por Dios, no lo recuerdo. Nuestro hogar era religioso. Abuela nunca tuvo que obligarme a ir a la iglesia los domingos y días de guardar. Después de la escuela, muchas veces me detenía en la fría y débilmente iluminada catedral cerca de nuestra casa y me arrodillaba en uno de los bancos vacíos. Era una devoción de agonía. Quería el perdón de Dios con desesperación, pero Él siempre parecía estar muy lejos.

**“ Impulsivamente, ¡me tomé el
agua bendita! ”**

Cuando tenía unos diez años de edad, el obispo visitó nuestra catedral. Mientras estuvo allí, bendijo cierta cantidad de agua. Abuela me envió a conseguir una botella de la misma para ponerla en los pequeños frascos vacíos que había regados por toda la casa. Corrí hasta la catedral, pero caminé a la casa mucho más lentamente. Estaba pensando profundamente. Deseaba tanto ser aceptada por Dios. Impulsivamente, ¡me tomé el agua bendita! Abuela no pudo enojarse conmigo, pues entendía la culpa y el deseo que puede haber en el corazón de una niña. Pero todavía no estaba satisfecha.

La escuela secundaria no apagó la sed que había en mi alma, pero al poco tiempo me hallé ocupada con los estudios, los amigos y los novios. Antes de que cumpliera un año de haberme graduado, conocí a Dick y me casé con él. Al poco tiempo me establecí en la rutina de formar un hogar y una familia.

Aunque amaba a mi esposo y mi hogar, anhelaba más que nunca la paz espiritual. Aumenté mis actos de devoción a mi iglesia asistiendo fielmente y haciendo cosas adicionales para tratar de obtener la aprobación de Dios. Sin embargo, seguía saliendo de allí vacía. Hasta fui a una reunión evangelizadora en el centro de la ciudad, pero no entendí lo que decían y me alejé frustrada. Estaba lista para hacer cualquier cosa para agradar a Dios.

“Me di cuenta de que debía haberme acercado a la cruz hacía mucho tiempo. Sabía que la sed de mi alma se satisfaría allí.”

Le supliqué a Dios. Clamé a Él. Rogué para se me revelase. Y la respuesta vino finalmente de un lugar inesperado: a través de mi suegra. Siempre la había rodeado una sensación de paz, y siempre había sido muy amable. Por eso, cuando me pidió que la acompañase a una reunión de damas cristianas, accedí con gusto. Una misionera daba una charla. En términos claros, amorosos e inconfundibles, nos llevó a la cruz. Entendí por primera vez el significado de la muerte de Cristo: ¡alabado sea Dios! Me di cuenta de que debí haber ido allí -a la cruz- hacía mucho tiempo. Sabía que la sed de mi alma se satisfaría allí. Acepté el amor y el perdón de Dios. Con lágrimas de gozo, confié en Cristo y en su sacrificio por mí.

Desde entonces, los años no han sido fáciles. Con el tiempo dejé mi iglesia por la vacuidad de sus rituales. Crecí rápidamente en Cristo y en mi compromiso con Él. Dick no lo comprendió y me abandonó. Pero el Señor nos ha sostenido a mí y a los niños durante todos estos años.

La paz y la satisfacción que encontré en la cruz han sido reales, mucho mayores de lo que podría encontrarse jamás en una botella de agua bendita. El perdón de pecados y la aceptación de un Dios santo sólo se pueden hallar en la cruz.